

EL CONTEXTO SOCIAL DE *LA JUNGLA*\*

A finales de 1904, un joven y descarado escritor llegaba a los suburbios industriales del South Side de Chicago<sup>1</sup>. «¡Hola!», anunció entrando a grandes zancadas en el Transit House Hotel de los Union Stock Yards, «soy Upton Sinclair y he venido para escribir *La cabaña del tío Tom* del movimiento de los trabajadores». Harriet Beecher Stowe había despertado la conciencia de la nación con su descripción de la vida de los negros en la época del cautiverio esclavista y Sinclair llamaría la atención sobre «los salarios de esclavo» que el consorcio cárnico pagaba a los trabajadores inmigrantes de la industria de carne envasada de Chicago. El joven escritor vivió siete semanas entre los trabajadores y sus familias, observando cuidadosamente sus vidas en el lugar de trabajo y en el seno de la comunidad. Comía en la University of Chicago Settlement House de Mary McDowell y entrevistó a médicos, banqueros, trabajadores sociales, policías, agentes inmobiliarios y trabajadores. Lo que Sinclair vio y oyó esas semanas le produjo una honda impresión y marcó su estilo literario para el resto de su vida. «Iba por ahí pálido y demacrado», recordaría después, «en parte debido a la mala alimentación y en parte al horror»<sup>2</sup>.

Los esfuerzos de Sinclair cristalizaron en el asombroso clásico en que se ha convertido esta novela. Los críticos han aludido a los defectos de composición y ejecución del libro y a la escasa plausibilidad de ciertas partes del relato. En lo que se refiere a su labor literaria es difícil refutar

\* De *The Jungle*, copyright 1988 by the Board of Trustees of the University of Illinois. Publicado con el permiso del autor y de la University of Illinois Press.

<sup>1</sup> El texto recoge la Introducción de la edición crítica, anotada pormenorizadamente por el autor, de *La Jungla*, y publicada por la University of Illinois Press, Urbana y Chicago, en 1988, que ocupa las pp. xi-xxiii [Nota de Juan Jose Castillo].

<sup>2</sup> Upton Sinclair, *The Autobiography of Upton Sinclair*, Nueva York, 1962, pp. 108-109; L. Harris, *Upton Sinclair American Rebel*, Nueva York, 1975, p. 70; C. Scriabine, «Upton Sinclair and the Writing of *The Jungle*», *Chicago History* 10, primavera de 1981, pp. 26-27; W. Bloodworth Jr., *Upton Sinclair*, Boston, 1977, p. 47; M. McDowell, «Our Proxies in Industry», en Caroline Hill (ed.), *Mary McDowell and Municipal Housekeeping*, Chicago, 1937, p. 58. La primera cita procede de la autobiografía de E. Poole, *The Bridge, My Own Story*, Nueva York, 1940, p. 95 y la segunda de la de Sinclair, p. 109. A menos que se indique lo contrario la información biográfica procede de la autobiografía de Sinclair o de Harris, *Upton Sinclair*.

estas críticas. Muy influenciado por las obras de Dickens, Émile Zola y naturalistas americanos como Stephen Crane y Jack London, Sinclair quería crear una gran obra de arte. Pero también quería que su novela sirviera para documentar la opresión clasista que, en su opinión, estaba destruyendo su sociedad. De manera que el libro no es ni literatura naturalista y efectista ni un ejercicio de periodismo sensacionalista, sino una extraña fusión de ambos. Sin embargo, *La Jungla* ejerció mucha influencia en sus días y alcanzó una gran popularidad que se ha mantenido a lo largo de los años. A las seis semanas de su publicación, a principios de 1906, la novela se había convertido en un éxito internacional y se habían vendido más de veinticinco mil copias. *La Jungla* se tradujo a diecisiete idiomas y millones de personas la leyeron en todo el mundo. La obra denotaba la influencia, claramente, las obras de George Bernard Shaw, Bertold Brecht y otros dramaturgos y novelistas progresistas<sup>3</sup>.

Los historiadores suelen utilizar el libro en sus clases de historia de los Estados Unidos, analizándolo como un clásico de esa literatura sensacionalista que se suele asociar a la cultura de la Era Progresista. Pero a los historiadores también les interesa su impacto político directo. Se suele decir, con toda razón, que *La Jungla* tuvo mucho que ver con la aprobación final de la Ley sobre Alimentos y Medicamentos de 1906. Millones de estadounidenses enfermaban debido a las lamentables condiciones higiénicas del procesamiento de los productos cárnicos que Sinclair describiera tan vívidamente. La reacción del presidente Theodore Roosevelt cuando leyó la novela, líricamente descrita por el señor Dooley, tabernero y filósofo de salón de Finley Peter Dunne, resultará familiar a muchos lectores: «Tomaba un ligero desayuno mientras pasaba distraído las páginas del nuevo libro con ambas manos. De repente se levantó de la mesa gritando: “Me están envenenando” mientras tiraba las salchichas por la ventana... desde entonces el presidente, como el resto de nosotros, se ha hecho vegetariano y esa dieta ha cambiado tanto su temperamento que está escribiendo un libro titulado *Cena en silencio*... el Congreso decidió abolir todos los días de la semana excepto el viernes»<sup>4</sup>. La mayoría de los lectores recuerdan la novela por este detalle: ratas en las salchichas del desayuno.

---

<sup>3</sup> Suk Bong Suh, «Literature, Society and Culture; Upton Sinclair and *The Jungle*», tesis doctoral, Universidad de Iowa, 1985, pp. 27-28, 86-87; Scriabine, «The Writing of *The Jungle*», pp. 31-37; Upton Sinclair, pp. 83-90; M. Sullivan, *Our Times, the United States 1900-1925*, vol. 2, Nueva York, 1927, pp. 474-475; J. Grenier, «Muckraking the Muckrakers; Upton Sinclair and His Peers», en *Reform and Reformers in the Progressive Era*, D.R. Colburn y G.E. Pozetta (eds.), Westport, Conn., 1983, pp. 71-92. Existen muchas obras de crítica literaria sobre *La Jungla*. Véase, por ejemplo, A. Kazin, *On Native Grounds*, Nueva York, 1942; W. Rideout, *The Radical Novel in the United States*, Cambridge, Mass., 1956; sobre el naturalismo Americano, M. Geismar, *Rebels and Ancestors: the American Novel 1890-1915*, Boston, 1953, V. L. Parrington, *The Beginnings of Literary Realism in America, 1860-1920*, vol. 3 de *Main Currents in American thought*, Nueva York, 1930, L. Ziff, *The American 1890s; Life and Times of a Lost Generation*, Nueva York, 1966.

<sup>4</sup> Finley Peter Dunn, «Mr. Dooley on the Food We Eat», *Colliers*, 23 de junio de 1906, pp. 15-16, citado en Harris, *Upton Sinclair*, p. 85.

Evidentemente, la historia de la inspección de los productos cárnicos es mucho más complicada de lo que sugiere esta anécdota. Los reformadores llevaban pidiendo inspecciones reales desde principios del siglo XIX, y la regulación de la salubridad de alimentos y medicamentos aún estaba pendiente cuando se publicó *La Jungla*. Pero el proyecto no conseguía la aprobación de la Cámara y no decía nada sobre inspección de productos cárnicos. El presidente no había intervenido pero, habida cuenta de la indignación que provocó la novela, Roosevelt emprendió acciones agresivas, no porque le preocuparan las salchichas del desayuno, sino porque no quería dar la imagen de un gobierno irresponsable que ignoraba una grave amenaza para los ciudadanos. La opinión pública no era muy favorable a unos envasadores a los que millones de grajeros y consumidores estadounidenses consideraban todo un símbolo de la tendencia al monopolio. Pero la novela galvanizó el apoyo público a favor de la salubridad de alimentos y medicamentos e hizo imprescindible la regulación de la inspección de los productos cárnicos. Roosevelt mandó investigadores federales a los Stockyards de Chicago. El cuidadoso informe que elaboraron, empírico y objetivo, causaba la misma impresión que la novela. En junio de 1906 el presidente Roosevelt firmó la «Ley de Inspección de Productos Cárnicos y Medicamentos». Tras la descripción de Sinclair, el gobierno federal asumió la responsabilidad de garantizar las condiciones sanitarias de los productos alimenticios<sup>5</sup>.

Lo irónico de todo esto es que a Sinclair le preocupaba más la gente que la carne. Para él los mataderos y el destino de los animales sacrificados en ellos era un símbolo de la gran tragedia humana que tenía lugar en las fábricas y los suburbios de todo el mundo. «No se podía mirar mucho rato sin empezar a filosofar», escribía, «sin recurrir a símbolos y símiles o sin oír los gruñidos de cerdo del universo. Lo que indignaba a Sinclair de las escenas de los Stockyards, las plantas envasadoras y los vecindarios del entorno no eran las condiciones sanitarias de la producción y la amenaza que pusieran suponer para los consumidores estadounidenses, sino las condiciones en las que vivían, trabajaban y morían los trabajadores de la industria y sus familias. Sinclair era un socialista ferviente. De hecho, en un principio, *La Jungla* se iba a publicar por capítulos en *Appeal to Reason*, el periódico socialista de mayor tirada de principios del siglo XX<sup>6</sup>. Sus escritos de entonces y después demuestran que consideraba que su novela era parte del proceso de liberación de la clase obrera. Quería ganar

<sup>5</sup> Sullivan, *Our Times*, 2:235-250, R. R. Crunden, *Ministers of Reform: The Progressives Achievement in American Civilization, 1889-1920*, Urbana, IL, 1984, pp. 173-174; Scriabine, «The Writing of *The Jungle*», *op. cit.*, pp. 31-37; Harris, *op. cit.* pp. 83-90; John Braeman, «The Square Deal in Action: A Case Study in the Growth of the "National Police Power"», en *Change and Continuity in Twentieth Century America*, J. Braeman et. al. (eds.), Nueva York, 1966, pp. 42-80; J. H. Young, «The Pig that Fell into the Privy: Upton's Sinclair's *The Jungle* and the Meat Inspection Amendments of 1906», *Bulletin of History of Medicine*, 59 (1985), pp. 467-480.

<sup>6</sup> Sobre *Appeal to Reason* y la subcultura socialista de la que salió, véase J. Green, *Grassroots Socialism: Radical Movements in the Southwest, 1895-1914*, Baton Rouge, 1980, sobre todo, pp. 17-41, 128-140; P. Buhle, «Appeal to Reason» en *The Radical Press in America*, vol. 1, J. Conlin (ed.), Westport, Conn., 1974.

adeplos para el socialismo no para la inspección. «Apuntaba al corazón del público», decía Sinclair, «pero sin querer he dado en el estómago»<sup>7</sup>.

Aún hoy la mayoría de los profesores y estudiantes dedican sorprendentemente poca atención a esos trabajadores en los que se centraba Sinclair. La mayoría analiza las cualidades y defectos literarios de *La Jungla* así como la relación del libro con la «Ley de Inspección de Productos Cárnicos». Muy pocos, si es que hay alguno, analizan el libro en tanto que documento de la historia social. No leen la novela de Sinclair como él hubiera querido que la leyéramos, como un estudio sobre la vida de los inmigrantes de clase obrera bajo las condiciones de monopolio del capitalismo temprano y como una forma de política. ¿Hasta qué punto refleja la «Packingtown» de *La Jungla* la situación real de la comunidad que vivía junto a los Union Stock Yards de Chicago? La exactitud del detallado retrato que se hace en *La Jungla* de las condiciones de vida y laborales en Packingtown realza el valor del libro para el historiador social. Por otro lado, la descripción que hace Sinclair de las gentes de Packingtown induce a error. Pero hasta esa descripción inexacta de los trabajadores de la planta de envasado nos dice mucho sobre el autor y el movimiento socialista del que formaba parte. De manera que *La Jungla* tiene algo que decir sobre la política y la historia social del momento.

La familia de Upton Sinclair hundía sus raíces en la rica nobleza del sur, pero él estudió en la ciudad de Nueva York. Su bisabuelo, veterano de la guerra de 1812 y cofundador de Annapolis, fue el primero de todo un linaje de oficiales navales de la aristocracia. En cambio el padre de Sinclair, a veces vendedor y siempre borracho, solía estar sin trabajo y normalmente no tenía dinero. Su madre procedía de una respetable familia de hombres de negocios de Baltimore, mantenía sus pretensiones de clase media alta y mandaba a Upton a visitar a sus parientes ricos con frecuencia. El resultado fue que el chico creció a caballo entre la pobreza y el esplendor, lo que puede explicar su interés por las relaciones entre las clases sociales.

Aunque no fue al colegio hasta los diez años, Upton era un lector voraz. Entró en el City College de Nueva York poco antes de cumplir los catorce años y se graduó en 1897 a los dieciocho para emprender inmediatamente sus estudios de posgrado en Columbia, donde estudió filosofía, historia, literatura y música. Aún adolescente se ganaba la vida escribiendo chistes, acertijos y relatos de aventuras. Cuando llegó a los Stockyards en 1904, a los veintiséis años, había escrito algunas novelas que habían pasado sin pena ni gloria e intentaba salir de una grave depresión.

La publicación de *La Jungla* en 1906 supuso un cambio drástico en la vida de Sinclair. El libro no sólo le sacó de la pobreza crónica en la que había vivido hasta entonces, sino que le dio la confianza necesaria para seguir escribiendo. A lo largo de las seis décadas siguientes y hasta su muerte en 1968, Sinclair siguió fusionando política y literatura, escribiendo

---

<sup>7</sup> Sinclair, *Autobiography*, p. 126; Scriabine, *op. cit.*, pp. 36-37; R.B. Downs, «Afterword» en *The Jungle* de Upton Sinclair, Nueva York, Signet, 1960, p. 349. Vid también Christopher Wilson, «The Making of a Bestseller, 1906», *New York Times Book Review*, 22 de diciembre de 1985, pp. 1, 25, 27.

novelas, obras de teatro, panfletos y ensayos. Nunca renunció a su compromiso con el socialismo democrático y muchas de sus obras se caracterizan por lo que denominamos análisis «sensacionalistas» de los problemas sociales, económicos o políticos que afectan a la gente corriente.

El auténtico genio de Sinclair, que tanto resalta en *La Jungla*, se expresa en un realismo implacable a la hora de describir los detalles más descarnados de la vida de la gente común. En el contexto del progresismo literario y político de los Estados Unidos de principios del siglo xx apenas sorprende su pasión por el detalle. Sinclair compartía con muchos intelectuales de su época una fe sin límites en la capacidad de la investigación empírica y la exposición de los «hechos» para reformar la sociedad democráticamente. Al igual que los periodistas progresistas que investigaron los abusos financieros de la era de los gigantescos *trusts*, o los artistas de la Ash Can School que eligieron conscientemente realzar el lado más oscuro de la sociedad industrial en sus creaciones, Sinclair creía que los ciudadanos exigirían reformas si entendieran la situación.

*La Jungla* de Sinclair nos descubre el mundo del inmigrante no cualificado que acaba trabajando en una fábrica de producción en masa. Algunas de las escenas más dramáticas de la novela son descripciones del proceso seguido en el matadero de la planta envasadora Durham's (Swift's). El tamaño, la complejidad y la lógica del proceso productivo, la vista y el olor de la muerte masiva y el desmembramiento, la transformación de animales vivos en un impresionante conjunto de mercancías vendibles, se describen con una exactitud asombrosa y una fuerza que no suelen tener los estudios académicos. Las observaciones de Sinclair sobre la matanza de cerdos en Durham's, esa «producción de cerdo con la ayuda de máquinas y la matemática aplicada», recuerda lo que dicen los economistas y otros profesionales actuales en relación a la racionalización de los procesos productivos en las plantas. «Sería difícil hallar otra industria donde se haya diseñado la división del trabajo de forma tan ingeniosa y microscópica», observaba J. R. Commons, uno de los pioneros de la historia del trabajo en 1905. «Se mata y despieza al animal como si fuera un mapa»<sup>8</sup>. Esta extrema división del trabajo permitió contratar rápidamente a miles de hombres y mujeres sin cualificación profesional y acabó con el poder de los carniceros del matadero que antes tomaban muchas decisiones. En torno al cambio de siglo esta división del trabajo y la introducción de la «línea de despiece» habían convertido a la industria envasadora en la más moderna de la economía, al menos en lo relativo a la organización del proceso productivo. Sinclair era consciente de lo que estaba pasando y captó con brillantez la esencia de la producción en masa en sus descripciones de Durham's»<sup>9</sup>.

Además, entendía algo que escapaba a muchos de los académicos interesados en la industria: que si bien este proceso productivo era un milagro

<sup>8</sup> J. R. Commons, «Labor Conditions in Slaughtering and Meat Packing», en *Trade Unionism and Labor Problems*, J. R. Commons (ed.), Boston, 1905, p. 224.

<sup>9</sup> Un análisis completo del proceso de envasado de carne en J. R. Barrett, *Work and Community in the Jungle: Chicago's Packinghouse Workers, 1894-1922*, Urbana, IL, 1987, pp. 20-31.

de racionalidad desde el punto de vista de la dirección, los trabajadores tenían otra opinión al respecto. Podemos leer las descripciones de Sinclair por los detalles que ofrece sobre la organización del trabajo en la primera línea de ensamblaje industrial, pero también por lo que nos desvela sobre la *experiencia* de la producción en masa: la alienación que conlleva una fragmentación del trabajo extrema, la estricta supervisión y a menudo arbitraria disciplina ejercida por capataces y jefes, la velocidad a la que se realizaba el trabajo y, por supuesto, la eterna búsqueda de empleo<sup>10</sup>.

Las descripciones sensacionalistas que hace Sinclair de los espeluznantes accidentes y enfermedades laborales se reflejan, con mayor sobriedad, en las cifras sobre salud y seguridad manejadas por la propia compañía. Si bien no podemos verificar los casos concretos de los que habla Sinclair (como el del trabajador que cayó en el tanque de desechos), no cabe duda de que muchos obreros murieron en las plantas y muchos otros resultaron gravemente heridos. Swift & Company informó de 3.500 accidentes en una sola de sus plantas durante los primeros seis meses de 1910, y esta cifra sólo contempla los casos que recibieron atención médica. Los problemas de seguridad seguían sin resolverse mucho tiempo después de que se publicara la novela y el director del Departamento de Asistencia Social de Armour's halló que la mitad de los 22.381 trabajadores con los que contaban estuvieron enfermos o tuvieron accidentes laborales durante 1917; la planta de Chicago registraba una media de 23 accidentes al día. Cada tarea tenía sus peligros. Pensemos en la humedad y el frío de la sala de decapado y los sótanos, en la afilada hoja de los cuchillos utilizados para deshuesar, en el polvo nocivo de la sala de la lana y la planta de fertilizantes o en las cargas de bueyes enloquecidos en la sala de los matarifes. Y todos estos riesgos se exacerbaban por la velocidad a la que se trabajaba. El resultado era que se perdían muchas horas de trabajo debido a los accidentes y las enfermedades. Sobre un total de 284 familias analizadas por el Comisionado de Trabajo de los Estados Unidos en 1905, un 12 por ciento de los cabezas de familia pasaban por periodos de inactividad que rondaban las 12,4 semanas debido a los accidentes y enfermedades profesionales. Tanto en casa como en el trabajo, los carniceros y carniceras se enfrentaban a la muerte y a enfermedades incapacitantes debido a su posición social y su ocupación<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Barrett, *Work and Community in the Jungle*, pp. 54-58.

<sup>11</sup> Los datos sobre accidentes y enfermedades profesionales en M. McDowell, *Papers*, carpeta 20, Chicago Historical Society, *Chicago Tribune*, 23 de febrero de 1918; *Chicago Record Herald*, 7 de abril de 1901. Véase también F. Bernard, «A Study of the Industrial Diseases of the Stockyards», tesina, universidad de Chicago, 1910. Hoy sabemos gracias al trabajo de Suk Bong Suh que Sinclair rebajó las partes de la novela en las que se hablaba de los accidentes de trabajo (Suh, «Literature, Society and Culture», pp. 142-145). Uno de los errores más comunes de los lectores es suponer que ya no existen los problemas que Sinclair describe y que el trabajo en la industria es relativamente seguro. Hay que decir que los accidentes en la industria de los envasados cárnicos, lejos de disminuir tras la publicación de *La Jungla* siguen siendo parte del trabajo. Tras investigar las violaciones de las normas de seguridad en el trabajo en la industria, un reportero del *New York Times* llegó recientemente a la conclusión de que el envasado de carne «sigue siendo en la actualidad una de las industrias más

Las grandes compañías solían enseñar a visitantes de todo el mundo los vestuarios y salas de sacrificio, pero Sinclair tuvo acceso a zonas de las plantas que le dieron una mejor perspectiva que la de los observadores casuales. Lo logró de una forma ingeniosa por su simplicidad. Se puso un mono, cogió una tartera de metal y se unió a las multitudes de carniceros que trabajaban allí. Sus contactos del Partido Socialista hicieron de guías por los diversos departamentos de la planta. Como no estaba seguro de la veracidad de los datos, sobre todo en relación a la cuestión de la salubridad, Sinclair consultó con un colega británico, el Dr. Adolph Smith, miembro de la Federación Socialdemócrata, que estaba realizando su propio estudio sobre los efectos de la industria para la salud que pensaba publicar en la revista médica *Lancet*<sup>12</sup>.

Sin embargo, muchos de los peores riesgos a los que se enfrentaban los trabajadores de la industria y sus familias no se debían a la suciedad de los patios o las plantas, sino a la ecología de los vecindarios que habían surgido alrededor. La polución del medio ambiente que tanto nos preocupa actualmente, era algo cotidiano para las familias de Packingtown. Sobre el mapa, la comunidad era sólo un eslabón en una sólida cadena industrial que recorría de norte a sur los ramales del río Chicago. Sólo se apreciaban sus cualidades únicas cuando uno se apeaba del tranvía ante las grandes puertas de piedra de los Union Stock Yards. El olor de los Yards, «rancio, sensual y fuerte» infestaba el aire de los barrios de alrededor. El humo que salía de las chimeneas de las plantas mayores, oscurecía otros edificios de la *skyline* del South Side y las torres de las iglesias de varios grupos étnicos.

Vivir a la sombra de la plantas envasadoras no sólo implicaba tener un trabajo irregular y un salario bajo, sino también sufrir el riesgo de contraer enfermedades o morir debido a un accidente. Para obtener información sobre las condiciones sanitarias de Packingtown, Sinclair recurrió a Algie Simons, una destacada figura del Partido Socialista de Chicago. Simons, que había sido director de la Oficina de Caridad de los Back of the Yards durante la década de los noventa del siglo XIX, mostró a Sinclair «Packingtown», un panfleto sobre las condiciones de vida de la comunidad que había escrito, y ayudó al joven autor a establecer contactos con médicos,

---

peligrosas de los Estados Unidos... los trabajadores se cortan a sí mismos y a otros. Sacan las entrañas haciendo movimientos repetitivos y hacen rodajas y reducen a pulpa a los animales con máquinas que no podrían haber ni imaginado cuando Sinclair publicó *La Jungla* en 1906... Un matadero siempre es un lugar triste donde trabajar. Pero, tras años de mejoras, la vida en las envasadoras ha vuelto a empeorar. Todo se ha confabulado para hacer más difícil la vida de los cortadores de carne; la salud y seguridad están menos reguladas, la competencia en la industria es mayor y los sindicatos están muy debilitados tras su lucha por sobrevivir.», *New York Times*, 14 de junio de 1987, artículo 3, p.1.

<sup>12</sup> Sinclair, *Autobiography*, pp. 109-110; A. Smith, «The Stockyards and the Packingtown: Insanitary Conditions in the World's Largest Meat Market», *Lancet*, 7 de enero de 1905, pp. 49-52; «The Dark and Insanitary premises Used for the Slaughtering of Cattle and Hogs: the Government Inspection», *Lancet*, 14 de enero de 1905, pp. 120-123; «Tuberculosis Among the Stockyard Workers, Sanitation in Packingtown, The Police and the Dumping of Refuse, Vital Statistics», *Lancet*, 21 de enero de 1905, pp. 183-185; «Unhealthy Work in the Stockyards: Shameless Indifference to the Sanitary Condition of the Buildings in the Cattle Pens, Pollution of the Subsoil, The Need for Legislative Interference», *Lancet*, 28 de enero de 1905, pp. 258-260.

trabajadores sociales y otros personajes de la comunidad. Los efectos de la industria sobre el entorno físico se reflejan en un estudio comparado entre las estadísticas sobre salud de Packingtown y las de un barrio de clase media, Hyde Park. Aunque entre 1894 y 1900 Packingtown tuviera la mitad de habitantes que Hyde Park, la tasa de muertes por tuberculosis, bronquitis, difteria y otras enfermedades infecciosas era entre 2,5 y 5 veces mayor que en el cercano barrio de clase media. Como en tantas comunidades de la época, la tuberculosis era el gran enemigo, responsable de más del 30 por ciento de las 429 muertes de adultos registradas entre 1908 y 1909. El hospital de Packingtown tenía la tasa de tuberculosis más elevada de la ciudad y la Doctora Caroline Hedger, que analizaba las condiciones sanitarias en la comunidad y trató a su población a principios del siglo xx, creía que probablemente fuera la más alta del país. La escasa salubridad y las elevadas tasas de enfermedades infecciosas, generaban una elevada mortalidad infantil. En Packingtown había menos de la tercera parte de niños menores de seis años que en Hyde Park, y aun así, la tasa de mortalidad de Packingtown fue 5,5 veces mayor para la misma cohorte de edad. De hecho, en 1909, cinco años después de la visita de Sinclair, la situación había empeorado. Uno de cada tres niños moría antes de alcanzar los dos años, una tasa 7,5 veces superior a la del hospital junto al lago donde se trataba a los enfermos de Hyde Park<sup>13</sup>.

El sufrimiento, las enfermedades y las muertes que se describen en *La Jungla* no eran producto de la imaginación del autor, sino parte de la vida cotidiana de Packingtown. Hasta la terrible muerte del pequeño Antanas, que se ahoga jugando en un charco de la calle está basada en la información proporcionada por Simons, que decía conocer el caso. El hecho de que los datos de Simons no se aceptaran sin más no tiene nada que ver. Lo que Sinclair afirma, que la muerte de un niño pequeño era algo cotidiano en la comunidad, está fuera de toda duda. Los investigadores de la Universidad de Chicago incluyeron la compra de ataúdes pequeños y pagos por funerales de niños entre los gastos familiares habituales en una comunidad que era fundamentalmente católica<sup>14</sup>. El dolor que debieron causar estas muertes entre las unidas familias de inmigrantes forma parte de la realidad histórica que intentamos entender a través de la novela y merece toda nuestra atención.

La polución de diversos orígenes era responsable, en parte, de estas terribles condiciones de salubridad. La ecología del vecindario dependía en gran medida del lugar que ocupaba en la economía de la ciudad y su estructura social. Los envasadores, Hyde Park y otros barrios respetables del South Side vertían toda su basura en Packingtown, en vertederos al

<sup>13</sup> Sobre las condiciones sanitarias en Packingtown, Ch. J. Bushnell, «Some Social aspects of the Chicago Stockyards», primera parte, *American Journal of Sociology* 3, n.º 3 (1900), mapa 6, p. 98; Caroline Hedger, M.D., «The Unhealthfulness of Packingtown», *World's Work* 12, mayo de 1906, 7507; *Ibidem* «Health-Summer of 1908», McDowell Papers, carpeta 3; US Commission on Industrial Relations, *Final Report and Testimony*, Washington D.C., 1916, vol. 4, pp. 3468-69.

<sup>14</sup> Scriabine, *op. cit.*, p. 28; Algie Simons, *Packingtown*, Chicago, 1899; J. C. Kennedy *et. al.*, *Wages and Family Budgets in the Chicago Stockyards District*, Chicago, 1914.

aire libre que ocupaban toda la zona oeste del vecindario. Muchos residentes escarbaban entre la basura, sobre todo los niños. Al norte había un área grande de descarga junto a Bubble Creek, el ramal sur, largo y muerto, del río Chicago, que debía su nombre a las burbujas que siempre había en la superficie debido a los desechos orgánicos en descomposición vertidos desde la planta. Al este estaban los Stockyards propiamente dichos y la planta envasadora adyacente, con el humo saliendo de sus chimeneas. Este enorme complejo industrial abarcaba un kilómetro y medio desde Halsted, entre la calle 39 norte y la 47, y separaba la zona esclava de Packingtown de las barriadas irlandesas más antiguas de Bridgeport y Canaryville, al este de los Yards. El distrito de los Stockyards era sinónimo de suciedad, humo y malos olores. Cuando Robert Hunter intentó analizar las condiciones de los barrios de Chicago por encargo de la City Homes Association en 1901, decidió excluir Packingtown, temiendo que las condiciones extremas de ciertas zonas del barrio alterarían sus cifras sobre los suburbios de la ciudad<sup>15</sup>.

La calidad de las casas de Packingtown y lo abarrotadas que estaban también reducía los estándares sanitarios de la comunidad. Había familias que vivían en casas decentes a pesar de lo desalentador del entorno. Quienes han analizado su construcción afirmaron que los hogares de Packingtown eran bastante espaciosos porque los solares y habitaciones solían ser más grandes que en otros barrios pobres. Pero también hallaron que vivían en la comunidad muchos huéspedes que congestionaban unas casas que, por lo demás, estaban en muy malas condiciones. Más del 90 por ciento de los edificios de Packingtown se habían construido tan pobremente como la mayoría de las casas de los obreros de Chicago antes de las reformas en vivienda de 1902. Algunas ya estaban deterioradas cuando Sinclair llegó a la comunidad y eran muy vulnerables al fuego. En 1918 el mismo abogado de la envasadora llegó a la conclusión de que la única solución para los suburbios era «la destrucción total del distrito. Habría que demoler las casas y quemarlo todo»<sup>16</sup>.

Por asombrosas que parezcan, las descripciones que hace Sinclair de las condiciones físicas en las que se desarrollaba la vida cotidiana de la comunidad, están muy bien documentadas. De lo peor que se le puede acusar es de haber recurrido a la estrategia literaria, por lo demás bastante común, de fundir las experiencias reales de las vidas de *mucha* gente en las experiencias ficticias de *un* único personaje. Puede que no haya habido nunca un trabajador lituano que sufriera todas las calamidades que padece Jurgis en *La Jungla*, pero el libro habla de problemas reales y co-

<sup>15</sup> City Homes Association, *Tenement Conditions in Chicago*, Chicago, 1901, p. 12.

<sup>16</sup> «Housing», informe manuscrito fechado en 1911, McDowell, *Papers*, carpeta 14; E. Abbott y S. Breckinridge, *The Tenements of Chicago, 1908-1935*, Chicago, 1936, pp. 181, 187; *Ibid.*, «Housing Conditions in Chicago, III, Back of the Yards», *American Journal of Sociology* 16 (enero de 1911), p. 442; al abogado de la envasadora se le cita en *Chicago Tribune*, 6 de marzo de 1918. Un debate general sobre el tema de la vivienda y la ley de reforma de 1902, en T. Phillpot, *The Slum and the Ghetto: Neighborhood Deterioration and Middle Class Reform, Chicago, 1880-1930*, Nueva York, 1978, cap. 4. Las condiciones siguieron siendo muy malas hasta bien entrada la década de los veinte. Véase A. Miller, «Rents and Housing Conditions in the Stockyards District of Chicago, 1923» (tesina, Universidad de Chicago, 1923, pp. 6-8, 36-37).

tidianos de Packingtown. Sin embargo, aunque Sinclair ofrezca valioso detalles sobre la vida de un tipo concreto de comunidad de obreros inmigrantes de principios del siglo XX, en su realista descripción de la desintegración de la familia Rudkus, distorsionó el carácter de la gente a la que quería redimir: los trabajadores inmigrantes y sus familias.

Críticos literarios y lectores varios han señalado con frecuencia que la gran y expansiva depravación de la fábrica y los grandes suburbios oscurece a los personajes de la novela<sup>17</sup>. Al igual que los primeros sociólogos de la Universidad de Chicago, que hallaron en Packingtown un laboratorio urbano muy a mano en el que observar lo que denominaban «desorganización social»<sup>18</sup>, Sinclair sentía que el entorno urbano-industrial dominaba continuamente a sus habitantes, los trabajadores inmigrantes del South Side de la ciudad. Las vidas sociales y culturales de los inmigrantes se desintegran bajo la presión de la vida cotidiana en el suburbio y afloran las metáforas mecánicas y relacionadas con animales. Sinclair lleva hasta el límite esta cuestión de asimilar a la gente a maquinaria animada y los personajes acaban siendo «ratas atrapadas» o «piñones de una gran máquina de envasado». Describe incluso cómo algunos trabajadores, que caen en los tanques o máquinas, emergen convertidos en mercancías procesadas y envasadas. Con estas imágenes, Sinclair impide toda acción humana por parte de sus personajes. La mayoría sucumbe físicamente padeciendo muertes horribles, todos acaban degradados moralmente, limitándose a satisfacer sus instintos animales<sup>19</sup>.

Para ser justos tenemos que reconocer que, en parte, es ese impacto de la tecnología en masa sobre la naturaleza humana el que dota a la novela de su fuerza moral, pero evitó que Sinclair hablara de lo que podría haber sido el aspecto más atractivo de su historia: los esfuerzos de los propios inmigrantes por crear comunidades estables en medio de esa «jungla». Packingtown, sin duda un lugar brutal en muchos aspectos, también era una comunidad viable o, más bien, un conglomerado de comunidades creadas por esa misma gente que puebla la novela de Sinclair. Al menos dos formas de actividad de los trabajadores parecían gozar de buena salud en medio de la carnicería material y física que Sinclair describe tan vívidamente. Una de las más permanentes y coherentes fue la creación de culturas etno-religiosas. Eran culturas defensivas en el sentido de que aislaban a los trabajadores inmigrantes de algunos de los peores aspectos de

<sup>17</sup> A. Blinderman (ed.), *Critics on Upton Sinclair*, Coral Gables, Fla., 1975, pp. 102-103, 113-114; M. Dickstein, Introducción a *The Jungle* de Upton Sinclair, Nueva York, Bantam Books, 1981, pp. xii-xiv.

<sup>18</sup> Sobre los sociólogos de Chicago cfr. M. Bulmer, *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity and the Rise of Sociological Research*, Chicago, 1984, sobre todo pp. 31, 46, 58; E. Zaretsky, Introducción, en W. I. Thomas y F. Zaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, ed. abreviada, Urbana, Il. 1984; S. J. Diner, *A City and Its Universities: Public Policy in Chicago, 1892-1919*, Chapel Hill, N. C. 1980; R. E. L. Faris, *Chicago Sociology, 1920-1932*, San Francisco, 1967.

<sup>19</sup> Curiosamente algunos pasajes de la novela que sugerían que los inmigrantes tenían sus propios recursos se eliminaron durante la revisión del libro para su publicación. Véase Suh, *op. cit.*, pp. 155-158.

la vida en los suburbios y les ayudaban material y psicológicamente en su trabajo diario. Por otro lado, el sindicalismo y sus protestas amenazaban los fundamentos del poder de los envasadores: su control sobre el proceso productivo, el mercado de trabajo y las condiciones de trabajo en los Stockyards. El aspecto y carácter de los sindicatos de principios del siglo xx muestran la dimensión de la acción humana en la historia de Packingtown, pero su fin nos recuerda que los envasadores ejercieron el poder durante mucho tiempo.

Gran parte de *La Jungla* está pensada para demostrar el gran poder de las empresas y los efectos que tenía sobre la vida de los trabajadores inmigrantes y sus familias, pero esas corporaciones carecían del ubicuo control sobre la vida de los trabajadores que se ejercía a veces en las empresas urbanas. En los enclaves étnicos de las grandes ciudades industriales de los Estados Unidos los inmigrantes crearon sus propias culturas distintivas y pasaban gran parte de sus vidas fuera del alcance de la compañía. A principios del siglo xx, el South Side de Chicago era una mezcla de barrios étnicos llenos de vida y una fuente alternativa de ideas y valores al margen de la influencia ideológica de los empleadores y la cultura de clase media dominante. De hecho, la conciencia y cultura étnicas parecen haber *aumentado* en esos años, sobre todo entre los europeos del este<sup>20</sup>.

La novela empieza con la boda de Jurgis y Ona, una conmovedora evocación de su cultura étnica. La firme determinación de mantener los valores y costumbres del viejo mundo en su nuevo entorno urbano podía haber sido el hilo de la novela, pero Sinclair usa esa escena para demostrar la existencia de una humanidad básica que el sistema degrada y destruye a lo largo del resto de la novela. Si sólo contáramos con la descripción de Packingtown que hace Sinclair, podríamos llegar a la conclusión de que la cultura étnica se desintegraba con relativa rapidez víctima del implacable capitalismo industrial y los males de la gran ciudad.

Pero lo cierto es que la cultura étnica sobrevive en el terrible entorno de Packingtown. Nada más llegar, cada comunidad creaba su propia parroquia y, a menudo, su propia escuela, donde la enseñanza se impartía en sus lenguas vernáculas. La descripción de la degeneración moral que hace Sinclair contrasta notablemente con la imagen que proyectaba Packingtown de comunidad religiosamente devota. Evelyn Ostrowski, que creció en el barrio, la calificó recientemente de «una comunidad altamente religiosa y con una gran dependencia de la iglesia». De hecho, para la mayoría de los inmigrantes eslavos la parroquia, aparte de un lugar de culto, era el centro de sus vidas sociales y culturales. Años más tarde el destacado activista Saul Alinsky afirmaba: «La Iglesia católica es el medio que permite a estas gentes expresar sus esperanzas, deseos y aspiraciones». El número y la calidad de los edificios religiosos de estos barrios, lo dinámica que era la vida parroquial, el elevado número de alumnos que asistían a las escuelas parroquia-

---

<sup>20</sup> Este párrafo y algunas de las observaciones sobre la vida comunitaria se basan en Barrett, *op. cit.*, cap. 3. Sobre el alto nivel de concienciación étnica de los inmigrantes del este de Europa, cfr. V. Greene, *For God and Country: The Rise of Polish and Lithuanian Ethnic Consciousness in America, 1860-1910*, Madison, 1975.

les y los extremos sacrificios que hubo que hacer para construir estas instituciones a base de salarios de obrero, sugieren que la comunidad debía gozar de una adhesión mayor de lo que indica la novela de Sinclair. Las hermandades y asociaciones políticas o económicas también se organizaban por etnias. Los bohemios de Chicago, por ejemplo, crearon más de 30 sociedades de ahorro y crédito, 259 asociaciones caritativas, 35 gimnasios, 18 agrupaciones musicales, 5 clubs de ciclismo y 4 compañías de teatro en torno al cambio de siglo. Cada enclave étnico de Packingtown, polaco, lituano, eslovaco, alemán, tenía instituciones similares<sup>21</sup>.

Además de numerosas iglesias, en Packingtown había cientos de tabernas que debieron ser las instituciones sociales más importantes de la comunidad, al menos para los varones. En la descripción que hace Sinclair de la comunidad, las tabernas contribuyen significativamente a la degeneración moral y financiera de Jurgis Rudkus y su familia pero, en realidad, cumplían cierto número de funciones vitales. Como no había cafeterías para empleados, muchos de los trabajadores preferían comer en las tabernas de los alrededores en vez de en medio de la suciedad de los mataderos y salas de envasado. Las tabernas más cercanas a los Yards solían atraer a trabajadores de plantas determinadas, mientras que la mayor parte de los edificios circundantes estaban controlados por un grupo étnico u otro. Las tabernas de día, cercanas a los lugares de trabajo, se convirtieron en el punto de reunión de los sindicalistas y a menudo ofrecían sus instalaciones para tal fin a otras organizaciones. Los taberneros cambiaban cheques, guardaban el dinero de los patronos y, en casos extremos, concedían préstamos. Sin embargo, puede que la función primordial de las tabernas fuera simplemente la de ofrecer refugio, lejos del lugar de trabajo controlado por envasadores y de las abarrotadas casas de madera que se apilaban en las calles de los Yards. Las tabernas eran parte de las subculturas étnicas que habían creado los propios trabajadores en el seno de la comunidad y a las que apenas se menciona en *La Jungla*. Estas subculturas mantenían con vida a los esclavos material y emocionalmente. Mucha de esta gente sufría amargamente, pero pocos lo hacían en el tipo de aislamiento y alienación que caracteriza el destino de Jurgis Rudkus en *La Jungla*<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> L. Montgomery, *The American Girl in the Stockyards District*, Chicago, 1913, pp. 9-11; *Stockyards Community Clearing House, «1918 Community Study», McDouell Papers, carpeta 20*; A. Massaryk, «The Bohemians in Chicago», *Charities* 13, 3 de diciembre de 1904, pp. 206-210; E. McCarthy, «The Bohemians in Chicago end Their Benevolent Societies, 1875-1946» (tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1950); E. Kantowic, «Polish Chicago: Survival Through Solidarity», en *The Ethnic Frontier: Essays in the History of Group Survival in Chicago and the Midwest*, P. D. A. Jones y M. Hoili (eds.), Grand rapids, Mich., 1977, pp. 189-209; *Ibidem, Polish-American Politics in Chicago, 1888-1940*, Chicago, 1948, caps. 3 y 4; Greene, *For God and Country*, pp. 1-12; cfr. Asimismo D. A. Pacyga, «Villages of Packighouses and Steel Mills. The Polish Worker on Chicago's South Side, 1880-1881», p. 21 (tesis doctoral, Universidad de Illinois, Chicago, 1981, sobre todo cap. 4, y R.A. Slayton, *Back of the Yards. The Making of a Local Democracy*, Chicago, 1986, *passim* de donde se han extraído las citas de Ostrowski y Alinsky (p. 118).

<sup>22</sup> E. C. Moore, «The Social Value of the Saloon», *American Journal of Sociology* 3 (Julio de 1897), pp. 1-12; P. Duis, *The Saloon: Public Drinking in Chicago and Boston, 1880-1920* Urbana, IL, 1983, pp. 178, 181-182, 185-186, C. Thompson, «Labor in the Packing Industry», *Journal of Political Economy* 15, febrero de 1906, pp. 107-108; Abbott y Breckinridge, *op. cit.*

Aunque estas culturas étnicas no se enfrentaron frontalmente al poder y la autoridad de las gigantescas corporaciones de cárnicos, surgió un fantástico movimiento sindical en los Stockyards a principios del siglo xx. La nueva Amalgamated Meat Cutters y los Butcher Workmen of North America, empezaron a organizarse en 1900 junto a la «aristocracia de los carniceros», basándose en las tradiciones de solidaridad entre los carniceros cualificados irlandeses y alemanes. Pero sus dirigentes pronto se dieron cuenta de que, si querían ser eficaces, la organización debía romper todas las barreras de género, profesión, raza o etnia para acoger a cada trabajador de los Stockyards. «Hoy por hoy es imposible», se afirmaba desde el periódico del sindicato, «trazar una línea que denote dónde acaba el trabajador no cualificado y empieza el cualificado»<sup>23</sup>. Muchas trabajadoras jóvenes no cualificadas, inmigrantes eslavos recién llegados y negros se afiliaron al sindicato y crearon fuertes organizaciones a pie de almacén. Entre principios de 1902 y el verano de 1904, estos comités mejoraron significativamente muchas de las peores condiciones de trabajo recurriendo a las huelgas.

Pero el sindicato hizo más que mejorar las condiciones. Ofreció a los inmigrantes una forma de reconciliarse con su situación y enfrentarse a ella a diario. Es un proceso que tiene tanto que ver con la cultura y la ideología como con la economía. Un joven trabajador lituano intentaba describir lo que significaba para él este movimiento:

Me ha dado más tiempo para aprender a leer, escribir y disfrutar mejor de la vida, como un americano... Con más tiempo y más dinero vivo mucho mejor y soy muy feliz, igual que Alexandria... Tenemos cuatro hermosas habitaciones que ella mantiene muy limpias y ha puesto flores en las ventanas. No vamos mucho a la iglesia, nos aburre. Pero pertenecemos a una asociación lituana que organiza dos picnics en verano y dos grandes bailes en invierno; nos divertimos... El sindicato está haciendo otra cosa buena, unir entre sí a las diferentes nacionalidades. La noche que me afilié a la Cattle Butcher's Union fue un negro el que me introdujo en la sala. Había bohemios, alemanes y polacos y el secretario general, Mike Donnelly, es irlandés... he estado yendo cada dos semanas desde entonces y ayudo al movimiento haciendo de intérprete para los lituanos que se van afiliando. De ahí que haya aprendido a hablar y escribir inglés correctamente... pero lo mejor del sindicato es que me hace sentir más independiente<sup>24</sup>.

---

pp. 138-139.; J. M. Kingsford, «The Poor Man's Club: Social Functions of the Urban Working Class Saloon», en E. Plack y J. Pleck (eds.), *The American Man*, Englewood Cliffs, NJ, 1980, pp. 261-267.

<sup>23</sup> La cita procede de Amalgamated Meat Cutters y Butcher Workman of North America, *Official Journal* 5 (noviembre de 1904), p. 11. Sobre los problemas y éxitos de la organización de los sindicatos sin tener en cuenta diferencias étnicas o raciales o de género, Barrett, *op. cit.*, pp. 131-147. Sobre la organización a pie de almacén de esa época, J.R. Barrett «Immigrant Workers and Early Mass Production Industry: Work Rationalization and Job Control Conflicts in Chicago's Packinghouses, 1900-1904», en *German Workers in Industrial Chicago, 1850-1910: a Comparative Perspective*, H. Keil u J. Jentz (eds.), De Kalb, IL, 1982, pp. 104-124.

<sup>24</sup> La cita en «From Lithuania to the Chicago Stockyards: An autobiography: Anatanas Kaztauskis», en *Plain Folk. The Life Stories of Undistinguished Americans*, D. M. Katzman y W. M.

De manera que el sindicato no sólo logró elevar el nivel de vida de Packingtown, sino que también proporcionó el contexto para la aculturación de los inmigrantes, una especie de americanización de abajo a arriba. Aunque se aferraban a sus propias culturas, los europeos del este hallaron cosas en común con el resto de los grupos étnicos representados en la industria, y obtuvieron un mayor grado de control sobre sus vidas, tanto en el trabajo como en el seno de su comunidad.

Durante el verano de 1904, los trabajadores demostraron hasta dónde eran capaces de llegar y la extensión de su poder en una larga y amarga huelga que destruyó a las organizaciones sindicales de toda la industria. De hecho fue esta huelga, convocada por los altos niveles de desempleo, la que llamó la atención de Sinclair sobre Packingtown; Amalgamated estaba en declive cuando llegó el joven escritor. Sin embargo, la conducta de los inmigrantes durante la huelga desmiente la imagen que da Sinclair de ellos como criaturas degradadas y sin esperanza. La huelga no la apoyaron sólo los miles de trabajadores a sueldo de procedencia étnica diferente, sino también los sacerdotes, ministros, tenderos y líderes de otras instituciones étnicas de Packingtown. Aunque muchas huelgas de esa época en Chicago degeneraron en violencia a ambos lados de las líneas formadas por los piquetes, los trabajadores inmigrantes de las envasadoras eran relativamente pacíficos, disciplinados y leales al sindicato. Lo que más impresionó a John R. Commons, que presenció la huelga, fue la increíble solidaridad entre los huelguistas que no hacían distinciones entre razas o etnias. «Puede que lo más significativo desde el punto de vista social», puntualizaba Commons, «sea que la huelga de 1904 no era una huelga de trabajadores cualificados contra los no cualificados, sino una huelga de irlandeses, alemanes y bohemios a favor de eslovacos, polacos, lituanos y negros<sup>25</sup>. Durante la Primera Guerra Mundial, cuando volvió a resurgir la organización sindical, tenía más fuerza entre los trabajadores eslavos de la que Sinclair retrata en su libro<sup>26</sup>.

¿Cómo pudo no ver esto nuestro joven autor? La respuesta está en el enfoque político de Sinclair, característico en muchos aspectos de toda una generación de intelectuales radicales de principios del siglo xx. Su partido socialista era un partido de reformistas compuesto por profesionales liberales de clase media, intelectuales radicales, granjeros populistas y socialistas cristianos, legítimos herederos de la tradición reformista radical

---

Tuttle (eds.), Urbana, IL, 1982, pp. 112-114. Antanas Kaztauskis era un personaje compuesto creado por el periodista Ernest Poole basándose en entrevistas y observaciones realizadas en los Stockyards de Chicago durante la huelga de 1904. Cfr. Poole, *The Bridge*, *op. cit.*, pp. 94-95. Quiero agradecer al profesor Lewis Carroll Wade por haber llamado mi atención sobre este tema. El artículo de Poole se publicó mientras Sinclair investigaba para *La Jungla* y, probablemente, lo tuvo en cuenta al dar forma al personaje de Jurgis Rudkus.

<sup>25</sup> Commons, «Labor conditions», *op. cit.*, pp. 243-245. Sobre la conducta de las multitudes y el carácter relativamente pacífico de la huelga, cfr. H. B. Myers, «The Policing of Labor Disputes in Chicago: A Case Study», tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1929, pp. 540-547; S. Harring, *Policing a Class Society: the Experience of American Cities*, New Brunswick, NJ, 1983, pp. 121-127.

<sup>26</sup> Barrett, *Work and Community*, *op. cit.*, pp. 188-239.

estadounidense del siglo XIX, la última generación de rebeldes contra el capitalismo industrial y su devaluación de los valores norteamericanos. Pero no era un grupo que soliera estar en estrecho contacto con los trabajadores inmigrantes y algunos mantenían los prejuicios tradicionales de los reformistas nativos del siglo XIX. Un nativismo que a veces se cuela en algunas de las descripciones que hace Sinclair de los trabajadores inmigrantes, por no hablar del claro tono racista que utiliza al hablar de los esquiroles negros, algo bastante frecuente entre los movimientos socialistas de principios del siglo XX<sup>27</sup>. Sinclair escribió sobre el partido apelando a su propia experiencia. Cuando Jurgis Rudkus, el trabajador lituano y héroe de *La Jungla*, se hace socialista, experimenta algo que se parece sospechosamente a una conversión religiosa. Su educación política corre a cargo de los activistas de clase media, el tipo de socialista que Sinclair conocería bien, como el rico propietario de hotel y el grupo de intelectuales y reformistas que Sinclair describiera pensando en Jack London, Gaylord Wilshire y otros compañeros de la época. La súbita y casi espontánea conversión de Rudkus al socialismo es, de hecho, accidental. Tiene hambre y frío y entra en un edificio donde le atrapan las dotes carismáticas de un orador socialista que le seduce rápidamente.

Puede que se exagere el impacto del orador, pero no es algo tan traído por los pelos como cabría suponer. La figura más destacada del Partido Socialista era Eugene V. Debs, un orador conmovedor, con la reputación de lograr hasta el apoyo de los trabajadores inmigrantes que no sabían inglés. Nick Salvatore, biógrafo de Debs escribe la escena del mitin que tuvo lugar en la sede de la Federación Socialista Polaca de Chicago: «Debs tuvo seducidas a las masas, suscitando sus lágrimas y sus fuertes aplausos durante un discurso de más dos horas. Perplejo porque sabía que la gran mayoría de la audiencia entendía poco o nada de inglés, Debs pidió a un camarada bilingüe que preguntara cómo había sido posible. Un socialista polaco respondió enseguida: «Debs nos habla con sus manos y desde su corazón y todos entendimos lo que quería decir»<sup>28</sup>.

Sin embargo, la conversión semirreligiosa de Jurgis ha suscitado, no sin razón, la desaprobación de generaciones de críticos y lectores. La inmediata transformación del pequeño delincuente y vagabundo, derrotado y

<sup>27</sup> La continuidad entre la tradición de reforma radical del siglo XIX y la base nativista del partido socialista se describe brillantemente en N. Salvatore, *Eygene V. Debs, Citizen and Socialist*, Urban, IL, 1982. Cfr. J. R. Barrett, «America Socialism and Social Biography», *International Labor and Working Class History* 26, otoño de 1984, pp. 75-82; Green, *Grassroots Socialism*; M. J. Buhle, *Women and American Socialism, 1870-1920*, Urbana, IL, 1981. Sobre el nativismo y racismo en el seno del movimiento, cfr. Ch. Leinenweber, «The American Socialist Party and the "New" Immigrants», *Science and Society* 32, invierno de 1968, pp. 2-25; R. L. Moore, «Flawed Fraternity. American Socialist Response to the Negro, 1901-1912», *The Historian* 32, noviembre de 1969, pp. 1-18; Salvatore, *op. cit.*, pp. 225-227; Barrett, «Socialism and Social Biography», pp. 76-77; P. S. Foner, *American Socialism and Black Americans: From the Age of Jackson to World War II*, Westport, Conn., 1977, pp. 94-311, P. S. Foner y S. M. Miller (eds.), *Kate Richards o'Hare: Selected Writings and Speeches*, Baton Rouge, 1982, pp. 6-7, 44-49.

<sup>28</sup> Citado en Salvatore, *op. cit.*, p. 231; cfr. asimismo, Salvatore, *op. cit.*, ind. 57, 386 y R. Chaplin, *Wobbly: the Rough and Tumble Story of an American Radical*, Chicago, 1948, pp. 84-85.

degradado, en un militante socialista dedicado y disciplinado parece una arenga política o, lo que es peor, un débil intento de resolver todas las crisis y tensiones de una novela cuyas últimas páginas se hacen un poco largas<sup>29</sup>.

Sinclair mismo pasó por una conversión no muy distinta a la de Jurgis. Como él mismo llegaría a admitir, no supo nada del socialismo hasta los 22 años y creía que tan sólo reconocía las desigualdades del sistema socio-económico estadounidense. Pero entonces, otro joven escritor le pasó algunos panfletos y una copia del *Wilshire's Magazine*. El resultado fue una revelación política instantánea. «Fue como si los muros que aprisionaban mi mente se derrumbaran de repente; el increíble descubrimiento, después de tantos años, de que no tenía que cargar todo el peso del futuro de la humanidad sobre mis hombros... lo más esencial que me enseñaron los socialistas es que existían»<sup>30</sup>.

Sus maestros forman un grupo bastante peculiar. Gaylord Wilshire, tras hacer millones con las vallas publicitarias como un auténtico capitalista arquetípico, anunció su súbita conversión al socialismo y empezó a convencer a Sinclair. Geroge Herron, profesor del Grinnell College, ocupaba una cátedra dotada por otro millonario socialista. Herron financió la primera novela de Sinclair, *Manassas* y abrió los ojos del joven escritor al socialismo<sup>31</sup>.

Pero no todos los socialistas eran millonarios o intelectuales y la mayoría de los inmigrantes se afiliaban al partido por vías muy distintas. Lo más irónico es que probablemente Jurgis nunca hubiera descubierto el socialismo como Sinclair. Otro partido socialista, el de los trabajadores inmigrantes no cualificados o encargados de las máquinas, a los que Jurgis representa, era una parte importante del mundo de Packingtown. Aunque el Partido Socialista no creó oficialmente federaciones de los inmigrantes que hablaban lenguas extranjeras hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, los grandes grupos étnicos de Chicago y otros lugares habían fundado sus propias organizaciones socialistas en los primeros años del siglo. Hubiera sido mucho más lógico que Jurgis hubiera oído hablar de estas ideas en la Federación Socialista Lituana, por ejemplo, que desplegaba una gran actividad en los Stockyards. Polacos, bohemios, italianos y otras nacionalidades organizaron grupos similares (puede que Sinclair pensara en este ala del partido cuando describe al personaje del sastre Ostrinski). Si bien estos grupos solían ser minorías en sus comunidades étnicas, siguieron activos durante los primeros años del siglo xx y lograron algunos triunfos significativos.

---

<sup>29</sup> Harris, *Upton Sinclair*, pp. 76-77. Un enfoque crítico de la última sección del libro sobre socialismo en W. B. Rideout, *The Radical Novel in the United States*, pp. 35-36. Sinclair reconoció haber tenido problemas con diversos capítulos del libro porque creía que no «estaban a la altura» del resto (*Autobiography*, p. 87). A Teddy Roosevelt no le gustaba que la novela prescribiera el socialismo como remedio para los problemas que describía (Harris, *Upton Sinclair*, p. 87). A juzgar por sus comentarios y trabajos, muchos de mis estudiantes de primeros cursos de la Universidad de Illinois, comparten los sentimientos de Roosevelt.

<sup>30</sup> Sinclair, *Autobiography*, pp. 101-104 (la cita en la 101).

<sup>31</sup> *Ibidem*. Sobre Herron cfr. Crunden, *Ministers of Reform*, op. cit., pp. 40-52, 170.

Hasta las proyecciones de expansión del triunfo socialista de las últimas páginas de la novela parecen menos fantasiosas desde la perspectiva de principios y no de finales del siglo xx. A nivel nacional siguió aumentando drásticamente durante la Primera Guerra Mundial, tanto el número de votantes socialistas como el número de afiliados. Tras empezar con unos 10.000 afiliados cuando se fundó en 1901, el partido había doblado su tamaño en 1904 y de nuevo en 1908. En 1912 contaba con casi 118.000 afiliados y Eugene Debs, candidato socialista a la presidencia ese año, obtuvo casi un millón de votos, el seis por ciento. Los socialistas siguieron siendo una fuerza política importante en los Estados Unidos hasta la era de la Amenaza Roja (1919-1921) cuando la represión gubernamental y las luchas de facciones en el seno del mismo partido condujeron a su desintegración<sup>32</sup>.

Packington no era inmune a la política laborista radical. Como sugiere el relato de Sinclair, en la comunidad la política adoptaba la forma de una maquinaria étnica bajo el control del jefe del distrito electoral (en el caso de Packingtown una organización denominada Carey's Indians). Las pésimas condiciones y las crisis recurrentes a las que se enfrentaba la comunidad crearon el potencial para una política mucho más radical. Todo sucedió apenas pocos meses después de la partida de Sinclair, cuando los trabajadores inmigrantes de Packingtown eligieron a un socialista para representarles en la asamblea legislativa de Springfield. Los trabajadores inmigrantes no cualificados constituían buena parte de los afiliados de Chicago y otros lugares en la década posterior a la publicación de *La Jungla*. De hecho, reclutas de las diversas comunidades étnicas absorbieron a los socialistas nativos durante la Primera Guerra Mundial y formaron el grueso del Partido Comunista cuando la mayor parte del ala izquierda se escindió de los socialistas en 1919. Ese mismo año, La Federación del Trabajo de Chicago creó su propio partido independiente y Packingtown apoyó con más fuerza a este movimiento que ningún otro barrio de la ciudad<sup>33</sup>.

El hecho de que ni este movimiento ni el movimiento sindical interracial e interétnico de 1900-1904 desempeñen un gran papel en *La Jungla* no es casualidad. La dedicación de Sinclair al socialismo le hacía simpatizar con los trabajadores inmigrantes y le hizo más sensible a sus quejas que muchos escritores de la época. Su brillante descripción de las condiciones en las que vivía esa gente es más que conmovedora y se ajusta a la realidad. Pero curiosamente, su experiencia personal con la política socia-

---

<sup>32</sup> Salvatore, *Eugene Debs*, *op. cit.*, pp. 241, 242, 283-286; Greene, *For God and Country*; Kantowic, *Polish-American politics*, *op. cit.*, pp. 29, 35; J. Wienstrein, *The Decline of Socialism in America, 1912-1925*, Nueva York, 1967, cap. 4 y *passim*. Aunque los jóvenes lituanos iniciaron sus actividades socialistas en la década de los noventa del siglo xix, el Partido Socialista Lituano de América no se creó formalmente hasta 1905. La organización cambió su nombre por el de Federación Socialista Lituana en 1907 y era la tercera gran federación de inmigrantes que hablaban lenguas extranjeras del país cuando se integró en el Socialist Party of America en 1916. Cfr. A. Alisuskas, «Lithuanians», *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*, S. Thernstrom (ed.), Cambridge, Mass. 1980, p. 671.

<sup>33</sup> *Chicago Daily News Almanac, 1905*, Chicago, 1906, pp. 345-353; Barrett, *Work and Community in the Jungle*, *op. cit.*, pp. 178-179, 207.

lista, la inspiración para su novela, también oscureció su visión de la vida de la clase obrera. A pesar de su don para captar tantos detalles de la vida de las clases trabajadoras inmigrantes, Sinclair, al igual que muchos escritores de literatura proletaria, no supo superar lo que el historiador Daniel Aaron ha denominado el «enorme abismo que hay entre la América que sabe leer y la analfabeta»<sup>34</sup>. Lo que Sinclair quería mostrar con *La Jungla* era la desorganización y depravación que generaba el capitalismo entre las comunidades de inmigrantes recién llegados. En su opinión, la única forma de salir de ese abismo era el Partido Socialista. Pero el partido que conocía, comprendía y al que había dedicado su libro y todas sus energías era el partido reformista de los nativos que ofrece a Jurgis una salvación política al final de la novela.

Sinclair no supo ver todo un mundo de acción obrera que se realizaba a través de los sindicatos, la política y, por supuesto, las hermandades y organizaciones étnicas y religiosas. Nunca fueron parte importante de su novela cuando sí eran algo fundamental en Packingtown. En los años siguientes esta actividad daría lugar a algunos de los movimientos sociales más significativos del siglo xx. Durante la Depresión y los años de la guerra, el Consejo del Back of the Yards, un poderosa organización comunitaria que sigue siendo un modelo para los activistas de barrio, movilizó a los ciudadanos de Packingtown. Los trabajadores mismos fundaron el United Packinghouse Workers of America, uno de los sindicatos más fuertes y progresistas de la historia del trabajo de los Estados Unidos<sup>35</sup>.

El mantenimiento de este tipo de acciones en medio del grave trauma psicológico, social y económico que Sinclair describe tan vívidamente, sugiere que el papel desempeñado por los trabajadores inmigrantes fue muy diferente al que le adscribe el joven autor socialista. Porque Packingtown era un suburbio pero no una jungla. Sus habitantes eran pobres pero no estaban tan degradados ni eran meros piñones de una máquina. Como millones, antes y después, lucharon por lo que creían que era suyo e intentaron mejorar la calidad de vida en sus comunidades. No podían esperar que fuera un millonario socialista ni centrar todas sus esperanzas en las ideas de un escritor joven e idealista. Se enfrentaban a los problemas cotidianos de la única forma que sabían y, al final, acabaron demostrando lo que Sinclair debería haber comprendido en algún momento: que el espíritu humano estaba vivo a la sombra del matadero y que, después de todo, había vida en «la jungla».

<sup>34</sup> D. Aaron, *Writers of the Left*, Nueva York, 1977, p. 206.

<sup>35</sup> Slayton, *Back of the Yards*, *op. cit.*, pp. 189-223; D. Brody, *The Butcher Workmen: a Study in Unionization*, Cambridge, Mass. 1963, pp. 152-215.